

# Aguas aéreas

## Para seguir leyendo a Eliot

David Huerta

Leí *Función de la poesía y función de la crítica*, de T. S. Eliot, hace casi 50 años. Lo he releído en la misma traducción de entonces, debida a Jaime Gil de Biedma, del año 1955, pero no en la vieja edición de la editorial de Carlos Barral sino en una reedición de Tusquets de 1999 adquirida en una simpática librería ambulante, de la cual soy cliente asiduo hace ya algunos lustros.

La obra original es la compilación de las conferencias “Charles Eliot Norton” dictadas por Eliot en el bienio 1932-1933; el título en lengua inglesa es diferente de la traducción al español: *The Use of Poetry & the Use of Criticism*. Pregunto con cautela, por una parte al fantasma de Gil de Biedma, y por otro al OED y al diccionario de la RAE: ¿no hay una diferencia muy grande entre el sentido de *use* en inglés y el significado de *función* en español?

Quizá la diferencia de esas voces en las dos lenguas no es tan grande como creo. Si traducimos la frase original en inglés como “uso de la poesía y uso de la crítica” —o ponemos “utilización” en lugar de “uso”—, ¿no estamos más cerca del espíritu original de esas conferencias de principios de los años treinta en Harvard? Quizás “uso” sonaba como una palabra muy tosca, demasiado instrumental, pragmática, mecánica; pero *use* es el vocablo de Eliot; “función” es otra cosa. Por lo demás, hago constar un hecho evidente para cualquier curioso: Eliot escribió ensayos con la palabra *function* en el título —son escritos emparentados con los traducidos por Gil de Biedma, por supuesto—: “*The Function of Criticism*” (1923), “*The Social Function of Poetry*” (1945).

Dejo esas consideraciones en este punto y me ocupo de mi relectura de aquel libro, tan impresionante para mí no nada

más por las ideas expuestas con elegancia y precisión, por el espectáculo de una mente de primer orden o por la autoridad del poeta-crítico; sino también por su admirable traductor, tan buen poeta como crítico él mismo: el ensayo de Gil de Biedma sobre *Cántico* de Jorge Guillén es un libro totalmente recomendable.

Desde luego, entre mi primera lectura de ese libro y la más reciente ocurrieron lecturas de Eliot abundantes y enormemente provechosas, incluida la de *The Use of Poetry...*, en inglés, además del resto de la obra ensayística, crítica, poética y dramática de T. S. Eliot; pero el libro español es singular por su traductor, por las aportaciones hechas por éste y no menos por el aire de nostalgia de mi experiencia en esta intensa relectura del siglo XXI.

La autoridad de Eliot en el terreno de la crítica de poesía —y, en general, en la crítica de la cultura en su conjunto— es un hecho histórico de enormes consecuencias, según se sabe. Sus ideas, arraigadas en una visión profunda y orgánica de la tradición clásica, tuvieron una influencia decisiva en el ámbito de la literatura de lengua inglesa y más allá. Su visión de Virgilio como estrella polar de la cultura occidental tiene una tenue resonancia en el ámbito mexicano: el “Discurso por Virgilio” (1930), de Alfonso Reyes. Los textos polémicos y reflexivos de Eliot circulan intensamente en su ámbito idiomático y más allá de los límites de éste; en cambio, la contribución humanística de Reyes ha sido arrinconada por incómoda, por razonable, por poco estridente —sin populismos ni purismos impertinentes. (Inolvidable, y triste por su destino, y por la sordera de los destinatarios, el deseo de Reyes: “Quiero el latín para las

izquierdas”). Eliot y Reyes eran muy diferentes pero tenían muchos puntos de contacto: uno de ellos es su idea de la tradición clásica, según la frase titular del precioso libro de Gilbert Highet.

Algunas de las ideas más fecundas de Eliot en torno de la tradición literaria están también en sus poemas. Un ejemplo notorio es ese pasaje de los *Cuatro cuartetos* (“East Coker”, V), en donde Eliot habla de sí mismo en el momento danteano de hallarse “en medio del camino”, en los años de entreguerra, “tratando de aprender a usar las palabras”. La escritura literaria es continuamente “un tipo distinto de fracaso”; el aprendizaje anterior ya no sirve “porque uno sólo ha aprendido a dominar las palabras / para decir lo que ya no tiene que decir”; los intentos sucesivos son “nuevos comienzos”, incursiones “en lo inarticulado”, con un equipo defectuoso, enfrentados al “desorden general de la inexactitud del sentimiento”. La visión del poeta dentro de la tradición posee un hálito trágico: está inmerso en “la lucha por recobrar lo perdido / Y encontrado y perdido una vez y otra vez”. Ese haz de fuerzas espirituales, sin embargo, ya ha sido descubierto innumerables veces “por hombres que uno no tiene esperanza de emular”. No hay, empero, competencia con ellos:

Pero quizá no hay ganancia ni pérdida:  
Para nosotros sólo existe el intento.  
Lo demás no es asunto nuestro.

Esos hombres del pasado a quienes “uno no tiene esperanza de emular” son Virgilio, Dante, Milton, Shakespeare. En nuestro ámbito, Cervantes y Góngora, entre otros. Son los habitantes de ese “reino de los igua-

les” del cual habla Victor Hugo con tanta elocuencia en su precioso libro sobre Shakespeare. (He citado el poema de Eliot en la traducción de J. E. Pacheco).

Eliot era parte interesada: juez de una tradición y protagonista de esa misma tradición, en un largo momento llamado “modernidad”. Si le interesaba escribir crítica, como cualquiera sospecharía, para darse un lugar preeminente en esa tradición, nunca lo ocultó y ha ocupado ese lugar —ese lugar cimero, preeminente— con naturalidad y durante largos años. La cultura literaria de lengua inglesa tiene la impronta de Eliot hondamente grabada, tanto en la creación cuanto en la reflexión sistemática.

Las fechas de nacimiento y muerte de Eliot son significativas de la más densa porción “vigésémica” de la tradición moderna: 1888 (año de nacimiento, también, de Fernando Pessoa y de Ramón López Velarde), 1965 (intenso momento de auge de la contracultura, tan vilipendiada hora, en el orbe de lengua inglesa y en otros lugares). El arco de su vida comprende las dos guerras europeas y alcanza la guerra de Vietnam; abarca, asimismo, la eclosión de las vanguardias y algunos de los episodios decisivos de las innovaciones teóricas en el terreno literario, así como el principio del auge de los llamados “estudios culturales” y del multiculturalismo.

Entre sus herederos debe mencionarse a Harold Bloom, un individuo en todos sentidos inferior a Eliot. Bloom ejerce en literatura un insoportable e inexplicable aplomo, arrogante y descomedido; a pesar de ello, ha hecho algunas aportaciones académicas en el terreno de la literatura inglesa (en especial, dentro de una especialidad muy socorrida: el analizadísimo William Shakespeare). Debe reconocérsele a Bloom, a pesar de sus notorios defectos y fallas —por ejemplo: sus pedantes disquisiciones sobre el *Quijote*, ¡nunca leído por él en español!—, un interés genuino por la tradición y una postura estética irreductible, militantemente enemiga de las modas ideológicas, auténticas plagas en las universidades actuales. (Aclaro lo del *Quijote*: cualquiera puede leer a cualquier autor en módicas traducciones; otra cosa es pontificar, como Bloom, sobre el libro cervantino a par-

tir de un conocimiento de segunda mano. Freud y Carlyle aprendieron español para leer el *Quijote*: fueron menos soberbios y, sospecho, más meritorios, por donde se le vea).

La vivacidad —o si se quiere: el poder— de las ideas de Eliot puede mostrarse con algunas expresiones de los años recientes, contrastantes y expresivas; dos bastarían, creo: la amplia y entusiasta aceptación de la aplicación para dispositivos móviles de *The Waste Land*, hermoso documento postmoderno y útil herramienta para los estudios literarios y poéticos (fue auspiciada por la editorial de Eliot: Faber & Faber): esa “recepción” del artilugio tecnológico, vehículo del gran poema de Eliot del año 1922, pone de resalto la impresionante vigencia de esos versos desoladores y quemantes; segundo ejemplo: el ensayo de J. M. Coetzee sobre el clasicismo visto desde la periferia extraeuropea, específicamente desde Sudáfrica: Coetzee evoca su impresión al escuchar a Bach en Ciudad del Cabo y expone sus ideas, a partir de ese estímulo formidable, en términos de Eliot.

Un lúcido clasicista mexicano, Juan Carlos Rodríguez, ha explicado en una nuez el núcleo vivo y activo de la postura de Eliot ante el pasado y ante el conjunto de la cultura literaria europea. En un breve prólogo a dos ensayos de Eliot publicados por la UNAM (“¿Qué es un clásico?” y “La tradición y el talento individual”), Rodríguez sinte-

tizó las vías maestras del pensamiento crítico de Eliot. El tomito universitario se titula *Lo clásico y el talento individual*. Está incluido en la preciosa colección de libros de bolsillo llamada Pequeños Grandes Ensayos.

La lectura de *Función de la crítica...* despierta en el lector de lengua española —y, supongo, en los de otras lenguas— el impulso irrefrenable de hacer “adaptaciones” propias de lo dicho por Eliot. Quiero decir: trasladados a la poesía escrita y criticada en español de las ideas y visiones sinópticas de Eliot. No siempre es posible; muchas veces es absolutamente imposible. La finalidad de Eliot consistía en poner orden en las valoraciones de la poesía de su tradición y hacerlo no nada más como historiador sino como juez; en la literatura española, esa tarea le correspondió sin duda a Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912). Pero en Eliot la porción del poeta lo pone aparte, o mejor dicho: junto a Goethe; ambos son dechado de *poeta doctus*. Forman una especie de figura bifronte: el poeta alemán, en la cresta de la ola romántica; el poeta angloamericano, en plena modernidad.

Jaime Gil de Biedma ha sido víctima, recientemente, de la impudicia chismográfica. Nada más triste, pues con ello se olvida o, por lo menos, se desfigura su trabajo literario, una obra de primer orden en la literatura hispánica de nuestros tiempos, en verso y en prosa. El poeta español acierta continuamente; un ejemplo: al abordar el tema, fundamental en Eliot, de la personalidad en el terreno del arte y de la cultura en general, Gil de Biedma hace esta observación:

Ignoro hasta qué punto es Eliot una gran personalidad o un hombre con mucha personalidad, según suele decirse; posee, en cambio, algo no tan espectacular pero mucho más raro: una personalidad coherente.

El prólogo y las siempre atinadas notas informativas y orientadoras de Gil de Biedma a *Función de la poesía...* obligan a conservar el libro —gozosa obligación, no hace falta decirlo— junto a las ediciones en inglés de Eliot: el tomito de Tusquets no hace mala figura junto a los *Selected Essays* preparados magníficamente por Frank Kermode. **U**

